

fuese poeta! ¿No tiene mucho de poesía un vestido así? ¿Un vestido que simboliza las ilusiones de un alma virgen? ¡Vaya! Podría componerse un poema... algo fiambre, porque ahora no se lleva lo sentimental... eso lo sabemos bien los que entendemos de modas... Lo único nuevo que habrá aquí, será que al ponerse la novia su ideal vestido, no sospechará que entre las perlas que lo recaman puede haberse cuajado una lagrimita mía... de gozo... y también de miedo... porque las bodas asustan... pueden traer colal

¿Si á la chiquilla le saliese como á mí? ¡No quiero ni pensarlo! Fuera temores; que llegue la novia cuanto antes y admire el traje simbólico, adornado con los azahares de su inocencia... No, y también van á admirarlo ustedes: se lo enseñaré... ahora ya no es reclamo... (Va hacia la caja y hace ademán de abrirla y secar lo que contiene.)

DON.

(Saliendo precipitadamente.) Señora... la señorita... ahí viene... Acaba de entrar... (se la ve pasar por detrás de las ventanas. Paula deja la caja y corre á abrazar á su hija, pero antes exclama adelantándose hacia el público.)

PAU.

Más vale que vean la novia que el vestido; cualquiera hace un traje, pero esto solo Dios... (Señala á la novia que pasa.) No me den ustedes un disgusto en momentos tan dichosos... ¡Vamos! Un solo aplauso... para las modistas. (Telón rápido.)

FIN DEL MONÓLOGO

EL BECERRO DE METAL

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

PERSONAJES

SUSANA DE LEYVA.
LA DUQUESA DE ALTACRUZ.
LUCY SILVA.
LA CAMELAR, madre.
LA CAMELAR, hija.
SIMÓN DE LEYVA.
EZEQUIEL DE LEYVA.
BENJAMÍN DE LEYVA.
ISMAEL DE LEYVA, gran Rabino.
PEDRO DE TORRELLAS.
GORITO CETINA.
EL MARQUÉS DE NEBLÍ.
FERNÁN ALTACRUZ.
LAZARILLO (1).

(1) Este papel puede desempeñarlo una mujer.



ACTO PRIMERO

Un salón del sudexpres. Durante el acto se supone que corren varias estaciones del trayecto entre París y la frontera española.

ESCENA PRIMERA

SIMÓN DE LEYVA, BENJAMÍN DE LEYVA, EZEQUIEL DE LEYVA, SUSANA DE LEYVA, el MARQUÉS DE NEBLÍ y un MOZO

- MARQ. (Tocando un timbre.) ¿Quieren ustedes que pida al mozo algo para ustedes, de paso que...?
- BEN. Pida para sí lo que guste. Cuando nosotros tengamos sed, ya pediremos.
- Mozo. ¿El señor desea...?
- MARQ. Algo que se beba... que me refresque y me entone á un mismo tiempo... *Whisky and soda*... ó sino... aguarde usted... *brandy*... ó mejor, mejor aún: ponche sueco... y pedazos de hielo muy deshechitos. (Sale el Mozo, que volverá con lo pedido y lo instalará en una mesita, delante de Nebli.)
- BEN. Si ya sabemos que no puede usted sufrir lo inglés, ¿á qué viene no empezar pidiendo lo que le gusta? Y si prefiere algún aguardentazo á la española ó agua y azucarillo... Con tal que el género exista aquí...

- MARQ. La verdad es que los españoles, así vivamos años y años en el extranjero... Y eso que yo tuve mis pretensiones de crearme parisiense.
- BEN. Como parisiense no nos sirve usted de nada.
- EZEQ. No haga usted caso á Benjamín. Son bromas suyas.
- BEN. ¿Bromas? Costumbre de llamar á las cosas por su nombre. ¿Estamos ó no en el secreto? ¿Se ha convenido, si ó no, en que nos llevamos á la villa y corte al buen Marqués de Nebli, amigo, pariente, compañero de la niñez, de colegio, de aventuras, de toda la gente alta, al objeto de que nos informe y nos ahorre esos primeros desaciertos, que son fatales?
- EZEQ. Verdad, el Marqués nos hace ese favor... aun cuando en París ya hemos conocido buena parte de la sociedad española.
- BEN. Sí, aquello es un desfile... El que no va á ponerse la dentadura postiza, va á ver *belles petites*.
- SIM. ¡Benjamín! ¡Tu hermana!
- BEN. ¡Bah, mi hermana! Cuando se enfrasca en sus lecturas...
- SIM. No importa... Ya sabes que delante de ella no quiero yo...
- BEN. Pierde cuidado... Y, al fin, Susana es una mujer superior, sin aprensiones...
- SUS. (Levantando la cabeza.) ¿Habláis de mí? ¿Queréis algo, padre?
- SIM. No, cordera... Le preguntaba á Benjamín qué lees con tanto interés...
- SUS. Versos... Versos en español...
- MARQ. (Saboreando el ponche con hielo, que absorbe por medio de una pajita.) Encantadora Susana, veo que es usted muy aficionada á la poesía. Oh, yo también. ¡Los versos me dislocan! ¡Zorrillal! ¡La chimenea campesina, de Grilo! (Tose, atragantado.)
- BEN. Me sucede lo mismo que al Marqués: no

me pasan de aquí (señala a la garganta.) los versos.

- MARQ. (Tosiendo más fuerte.) ¡Va... a... mos! ¡U... un... ataquito de mi tos!... La... la... mal... dita polvareda... Salgo ahí fuera, por... no... imoportunar...

ESCENA II

DICHOS menos el MARQUÉS

- EZEQ. (A Benjamín que se ríe malignamente.) ¿No sabes vivir en el mundo? Has estado inconveniente con Nebli. Parecía que le echabas en cara...
- BEN. ¡Bah! ¡Nebli! ¡Si con Nebli hemos de guardar ceremonia! Nos cuesta caro; desquitémonos en divertirnos un poco á su cuenta. ¿Cuánto has aflojado, padre, á fin de extinguir deudas de Nebli para que pueda presentarse en Madrid sin que le ladren sus consecuentes acreedores?
- SIM. No quiero acordarme... Reconocido que es indispensable un desembolso, prefiero olvidarlo á la media hora.
- EZEQ. Además, eso es lo correcto.
- BEN. Tu manía es la corrección, hermano... Te empeñas en no ver que en sociedad cada día baja eso de la corrección y los miramientos y suben el orgullo y el desdén. Como que en ellos encarna la fuerza.
- SIM. ¡La fuerza! ¡Cosa excelente! No la fuerza de cañones y armamentos, sino esta nuestra, hijos.
- EZEQ. No seremos más fuertes porque seamos menos cultos. ¿No conoces, Benjamín, que en esa mofa constante tuya, en tu faena de zaherir y mortificar, pierdes tiempo y fuerza también? No hay pedestal como la serie-

dad y el respeto de sí mismo. Y nosotros necesitamos imponernos á la consideración. Así vamos al desquite.

SIM. Habla bien el primogénito. Los dos podéis acertar... desde vuestro punto de vista.

BEN. ¿Te parece que no es ir al desquite el traernos, agregado á nuestro servicio, al Marqués de Nebli, un Lara Enriquez, caballero de Alcántara y descendiente directo de aquellos que...?

SIM. (Riendo.) De los que nos cosían una rueda amarilla al traje... Vueltas de la rueda... ¡Ahora somos nosotros de mejor linaje, hijo!

BEN. Como que sólo hay dos castas de linajes: el tener y el no tener.

SIM. Por eso creo que vamos á reinar sobre Madrid... (Con súbito recelo) ¿Eh? ¿Nos oye alguien? ¿Ha entrado alguien en el salón?... Me ha parecido...

EZEQ. No, padre... Siempre crees... ¿Por qué dices...?

SIM. Mi vista va acortándose con la edad y con el trabajo... Con el trabajo, sí... ¿qué os sorprende? ¿Quién rige la casa toda de Simón de Leyva y lleva su peso, sino el mismo Simón?

EZEQ. En efecto, y ya es hora de que nuestra ayuda te dé descanso.

BEN. Nosotros debemos compartir esa tarea contigo.

SIM. (Con movimiento de desconfianza.) ¿Mis borregos quieren empezar á enterrarme? Una paletadita de tierra sobre la fosa, ¿eh?

EZEQ. ¿Cómo puedes suponer...?

BEN. Manías de tu edad. Lo extraño es que ya no nos hayas iniciado en el manejo de tus asuntos. ¡Y ahora que vamos á sentar el pie en la tierra de España! Podemos serte muy útiles, padre. Piénsalo bien.

SIM. (Maliciosamente.) Vengan, vengan los consejos de mis dos consejeros jóvenes. ¿Qué haríais

vosotros si estuviéseis dentro de mi piel, curtida por tan larga experiencia?

BEN. Yo, en esa tierra española...

SIM. (severamente.) ¿Te has olvidado de que Ezequiel es el primogénito? Habla tú, Ezequiel. Vamos á un país donde nuestros antecesores fueron perseguidos, maldecidos, corridos á pedradas como perros... Nuestro desquite es imponernos á la simpatía, al respeto público. El dinero sirve para eso. Hagamos mucho bien, no escondido, porque eso de ocultar la beneficencia es un yerro cristiano.. y los cristianos, por otra parte, tampoco esconden la mano para dar... ¡qué han de esconderla...! Yo tengo ideas magníficas. Yo fundaría en Madrid un establecimiento benéfico modelo, como el Estado no lo ha fundado nunca... Yo regalaría—de esto que se encargue Susana, la artista de la familia—obras de arte á los Museos... El Estado español no compra nada, deja que nos lo llevemos todo... Enseñaríamos su deber al Estado... Haríamos algo sensacional... La prensa lo divulgaría.. Dominaríamos por la cultura y el bien.

BEN. ¡Pch! Es preferible dominar por la soberbia y el desprecio. Divertir, prestar, humillar, deslumbrar... Es un goce de venganza, exquisito, y lo estoy saboreando ya. ¡Qué de adulaciones, qué de bajezas vamos á paladear, cuando entremos en campaña con nuestro oro! ¡Y hasta podemos darnos este placer refinado á poca costal Madrid es pobre. El lujo allí consiste en un abono á medio turno y un coche con dos rocínantes... ¡Ja, ja! Allí cualquiera triunfa. ¿No te parece, padre?

SIM. En parte sí... y en parte encuentro razonable lo que Ezequiel ha propuesto. No hay que seguir una sola vereda... La humanidad tiene exigencias diferentes, y se la conduce

de varios modos. ¡Je, je! Yo la conozco perfectamente... Tu sistema, Benjamín, nos hará dueños de las altas clases; el tuyo, Ezequiel, nos atraerá a la multitud... Pero oídme, corderos míos: yo no busco en España solamente satisfacciones de orgullo y venganzas de raza... España es un terreno virgen, ó poco menos, para las especulaciones atrevidas y geniales. He estudiado ese terreno, y sé lo que puede rendir... Esto hará el viejo Simón de Leyva, antes de ir á dormir al lado de sus padres... Con estos dedos exprimiré la última gota de jugo á la naranja española.

Sus. (Levantando la cabeza y dejando el libro.) ¿Para qué quieres más dinero, padre?

Sim. La primer palabra que te resuelves á pronunciar después de largo silencio, carece de sentido, hija... ¿Que una mujer inteligente pregunte eso! ¿Para qué quiero más dinero? Pregunta á cualquier hombre para qué quiere más vida. De vida y dinero nunca anduvo sobrado nadie.

Sus. Yo creía...

Sim. ¡El dinero! ¡Balsamo milagroso!

Sus. Los milagros del dinero son milagros muertos... milagros que pierden el alma.

Sim. Máximas romancescas, que he oído varias veces. El oído todo lo soporta; como tiene entrada y salida; no guarda sino aquello que aprueba... Por el canal del oído corre la farsa, la comedia de los sentimientos. Mi cerebro se rió de mis oídos, Susana. ¿De quién piensas tú que es obra tu gran corazón, tu alta fantasía, mi rosa de Jericó? Del vil dinero de tu padre... Has podido pensar alto, porque la necesidad no te ataba á la tierra. Tu poesía es creación de mi prosa. ¡Sublime prosa la del dinero!

Sus. ¿No hay nada mejor que él? Responde.

Sim. Lo que tú llamarás mejor, con él se adque-

re... El arte, que tanto te entusiasma, ¿casaco no se compra? Cuadros, estatuas, ¿se dan de balde? Las limosnas que repartes, ¿no son dinero? Esta es la realidad; tus sueños, no.

Sus. ¡Sueños! Si poseyese un sueño, no lo daría por toda tu caja. Y según me acerco á España, me parece que el sueño se aproxima y que va á llenarme la existencia de luz y de canciones.

Ben. Modo bonito que tiene mi hermana de decir que en España espera encontrar novio á su gusto. Y también lo esperamos nosotros. Hemos de ver sobre ese pelo negro chispear una corona heráldica.

Sus. No, Benjamín, no era eso; si no me entiendes... A tí no puedo explicarte... Hay personas con quienes pasamos la vida, y no podemos revelarles lo íntimo...

Ben. Vamos, comprendido; te pones más alta que yo... Bajate de las nubes, hermana. No hay cosa mejor, para los terrestres, que la tierra.

ESCENA III

DICHOS Y MARQUÉS DE NEBLÍ

Marq. Susanita, señores de Leyva... Después de toser un rato, ahí me encontré á unos compatriotas que desean ser presentados á ustedes... Vengo á solicitar autorización.

Sim. Con mucho gusto...

Ben. Presentados por usted, serán de la crema de Madrid.

Marq. Diré á usted... De la crema... todos precisamente... no.

Ben. Entérenos. Nada de sorpresas.

Marq. Son dos señoras y dos muchachos. Ellas, madre é hija, se llaman las de Caramelar.

Ben. No me suena...

- MARQ. Pech... gente bien... pero pesadas... Coleccionan relaciones... Han oído que ustedes darán fiestas, y no ha sido acosón el que me propinaron...
- BEN. Haberles dicho que no admitimos presentaciones.
- MARQ. ¡Si no me dejaban vivir! En Madrid dicen que con las de Caramelar pasa lo que con la muerte y el infierno: la muerte, que es la presentación, nadie la evita; el infierno, que sería convidarla, puede evitarse... á fuerza de virtud. Al hacer la lista de invitaciones para la primer fiesta, nos olvidamos de las Caramelar, ó las mandamos el convite al día siguiente... y aquí no ha pasado nada.
- SUS. ¿Qué mal hay en que vengan? Estaré con ellas muy amable.
- EZEQ. Y los muchachos, ¿quiénes son?
- MARQ. Uno es Gorito Cetina; ¡oh! muy bien recibido en todas partes... simpático... y el otro... á ver si me acuerdo de su nombre... ¡Qué diantre! ¡Pues no me acuerdo!... Lo mismo da... Le conocí en una cacería de aves frías en la Albufera. Tira bien: escopeta de primera.
- BEN. ¿Y ese también piensa en nuestros futuros saraos?
- MARQ. No le he visto nunca en sociedad. Me figuro, aunque no me lo ha dicho, por qué solicita esta presentación. Sé que desea vender algunos objetos de arte, antiguallas... A eso vino á París; pero no le dieron lo que pedía. Sin duda supone que ustedes...
- EZEQ. Tratándose de negocios, sea bien venido...
(sale Nebí.)

ESCENA IV

DICHOS, menos NEBLÍ

- SUS. (Acercándose á su padre.) Oye... No te he dicho... y debo decírtelo... Antes de la hora de nuestra marcha de París, estuvo conmigo en larga conversación el tío Ismael.
- SIM. ¡Ah! ¿Y qué quería mi ínclito hermano?
- SUS. Verte, abrazarte, despedirte, hacerte algunas advertencias... No le agradaba bajar á la estación, donde suponía que habría mucha gente extraña. Como tú ya no te encontrabas en casa, me advirtió á mí lo que pensaba advertirte á tí, y me encargó que te lo repitiese.
- SIM. Sepamos, ¿de qué se trata?
- SUS. De cosa grave, asunto de conciencia. Te suplica que no echés en olvido vuestras últimas conversaciones. Que las guardes en tu corazón como un tesoro. Que vigiles noche y día y te ciñas de fortaleza, para no ser tentado.
- SIM. Bien, tórtola mía... Es natural que hable así Ismael de Leyva, ¡gran Rabino de Francial! Hay que escucharle con reverencia profunda... y luego... luego, hacer lo que más convenga.
- SUS. Añadió que no olvides que el Señor, tu Dios, visita impensadamente, y que es cosa terrible caer en sus manos.
- SIM. Bueno. Lo de costumbre... Lo de todos los días.
- SUS. El asegura que ahora estamos en un caso especial. Teme...
- SIM. ¿Qué teme?
- SUS. Que tengais el propósito de establecerme en España... «Vas—me dijo—á un país que es casi nuestra patria. En él vivieron nuestros

ascendientes. Nuestro apellido es español .. Allí nos han perseguido, nos han enviado á la hoguera... Ahora la persecución tomará forma de halago. Querrán que reniegues... No lo hagas, Susana de Leyva, ¡no lo hagas, hija mía!»

- SIM. ¿Nada más que eso te dijo? Mi excelente hermano es de esos hombres para quienes el tiempo no pasa... ¿Quién sino él, y algunos ilusos compañeros de Sinagoga, tiene empeño en resucitar historias antiguas? Si Ismael, en vez de comentar por centésima vez el libro de Josef el Zelador, hubiese trabajado, negociado, luchado como yo luché y luchó aún, no pensaría en tales quimeras.
- SUS. No son quimeras... Su voz persuadía, padre; sus palabras infundían convicción... Yo le prometí...

ESCENA V

DICHOS, NEBLÍ, las CAMELAR, GORITO CETINA, PEDRO DE TORRELLAS, que se queda atrás en la primera parte de la escena.

- MARQ. Amiga Susana, señor de Leyva... Tengo el honor de presentar á ustedes á mis antiguas amigas las señoras de Caramelar... Los señores de Leyva... (Indicando á Ezequiel y Benjamín.)
- CAR. M. (Á su hija.) No te sonrías tanto...
- CAR. H. (Aparte también.) No lo puedo remediar... Tú también te sonríes...
- CAR. M. Es por máquina...
- BEN. (Sin mirarla, secamente.) Tanto gusto...
- EZEQ. (Con una reverencia envarada.) Tanto gusto...
- SUS. (Afablemente.) ¿Vienen ustedes de París? El viaje es pesado... ¿A Madrid irán ustedes? ¿O solo á San Sebastián? (Charla con ellas en un rincón.)
- MARQ. Mi amigo Cetina... (A Pedro.) Venga usted

que le presente... Mi amigo... (Bajo.) Torreallas, ¿no es eso? Susana, el señor de Torreallas... Los señores de Leyva...

- CAR. M. (A Benjamín.) Piensan ustedes instalarse en Madrid por larga temporada, ¿no es cierto?
- BEN. (Sin mirarla.) ¡Psss!
- CAR. H. ¿Han comprado ustedes ya un palacio, según dicen?
- BEN. (Sin mirarla.) ¡Bah!
- CAR. M. (A la hija.) Parece muy elegante. Tiene un arqueo de cejas y un encoger de hombros distinguidísimo.
- EZEQ. (A Cetina.) Nos han hablado de una residencia confortable, que está en venta, al extremo de la Castellana...
- GOR. ¡Confortable! Un palacio soberbio. El de los duques de la Morería, de seguro.
- EZEQ. Morería, sí...
- CAR. M. ¡Oh! Allí se han dado grandes fiestas. Allí nos hemos divertido mucho... Nos convidaban siempre, siempre, á lo grande y á lo pequeño...
- GOR. (Al oído de Benjamín.) ¡Fantasías! (Benjamín suelta una carcajada insolente.)
- CAR. M. ¡Y ustedes arreglarán ese palacio con un gusto!...
- BEN. ¿Cómo lo sabe usted?
- CAR. H. (A la madre.) Ya verás que tampoco nos convidan éstos, y no llegamos á enterarnos nunca de cómo es por dentro el palacio...
- SIM. (A Pedro.) El marqués de Nebli nos ha asegurado que es usted dueño de preciosas antigüedades, y que proyecta deshacerse de ellas.
- PEDRO. Así es. Vine á París con objeto de vender algunos cuadros y tapices, pero no lo he conseguido. Me los pagaban mal, en opinión de los inteligentes que los conocen.
- SIM. (Aparte á Susana.) Este asunto te toca á tí... Entiéndete con el señor Torreallas, y si la cosa lo merece, no regatees, hija. Nuestra

- futura vivienda de Madrid tiene enormes salones. Nos vienen de molde los tapices.
- SUS. (A Torrellas.) ¿Quiere usted concederme unos minutos de conversación? (Le lleva hacia un ángulo del salón. Los demás forman grupo al otro extremo, un poco atrás.)
- PEDRO ¿A usted? ¿A usted?... (se sientan.)
- SUS. ¿Sabe usted que se me figura que le he visto antes de ahora? Su cara no me es desconocida; no.
- PEDRO Sí, debe usted conocerme... ¿No se acuerda?
- SUS. Ayúdeme á recordar... ¿Dónde?... Hace poco, se me figura...
- PEDRO Hace días no más... ¿No le parecerá mal si se lo digo? Allá va... Es que tuve el atrevimiento de seguirla, varias veces, al través de París. . Una tarde iba usted con una señora mayor...
- SUS. Mi dama de compañía...
- PEDRO Por la calle de la Paz... Me llamó usted la atención... No sé por qué, se me figuró que era usted española...
- SUS. Soy española de origen... Hablamos español todos los Leyvas.
- PEDRO ¿Ve usted? El corazón me lo daba... Yo no me guío sino por mi corazón, y no me engaño nunca... Fui detrás de usted, y no me detuve hasta que tomó usted el coche en la esquina del bulevar... ¡Qué afán luego por volver á encontrarla! Una hermosa mañana de sol, como las de allá, de mi tierra... me eché á la calle, y el corazón me susurró hájito: «hoy la encontrarás, alégrate...» Y fué así... Iba usted de tiendas, con otra señora... Tres horas detrás de usted, pisando sus huellas... ¡Qué gusto! ¡Cuánto sol, qué luz y qué bonitas estaban las calles de París!
- SUS. ¡Tiene gracial! ¡Buen humor gastan los españoles, por la muestra! Y... sepamos, ¿con qué objeto me seguía usted?
- PEDRO ¿Objeto? Verla. Solo verla... ¿Le parece

- poco? Ya no tenía utilidad mi estancia en París, y me detuve diez ó doce días más, lo que me duró el dinero, por tal de continuar viendo á usted. . Algún angelito me soplabá adonde usted iba... y la veía, de lejos, frecuentemente. Al fin fué preciso volver á España; ¡figúrese mi gozo cuando en la estación la encuentro á usted en traje de camino, la veo subir al tren y me doy de manos á boca con el marqués de Nebli, que me conoce, que accede á presentarme... ¿Se enoja usted? No se enoje... No se ponga seria... Yo la respeto, yo por dentro estoy arrodillado... aunque parezca que estoy sentado cómodamente. ¿Qué ofensa, qué delito hay en sentir el atractivo de una mujer... como usted?
- SUS. ¡Es original! El marqués nos dijo que usted, al hacerse presentar, deseaba proponernos la compra de unas obras de arte.
- PEDRO ¿De dónde saca tal cosa el marqués? Ni palabra he pronunciado que á eso se parezca. Esto no tiene que ver con lo otro. A cualquiera venderé esas antiguallas de familia... excepto á usted, ni á esos señores.
- SUS. Perdone... No ha sido mi ánimo ofenderle. ¿Puedo dirigirle una pregunta?
- PEDRO Y cien. . Lo que usted guste, Susana. ¿Es este su nombre, no es cierto? En mi país, á las señoritas las llamamos siempre por el nombre de pila... y no parece mal.
- SUS. Como usted quiera... Vamos á ver... ¿Esas antiguallas, son de su casa?
- PEDRO De mi viejo caserón, en Mallorca... No crea usted, les tengo cariño, y casi me he alegrado de no venderlas, por más que con el importe hubiese reparado el vetusto edificio.
- SUS. ¡Mallorca! De allí procedemos los Leyvas. ¡Cuánto daría yo por ver esa isla!
- PEDRO Vaya usted, Susana... Cuando se desea una

cosa, hacerla en seguida: á lo mejor se atraviesa el destino y la frustra. Yo no dejo nada que me agrade para después. Todo al instante. La vida es corta... Vaya usted á Mallorca, hace más sol que en París. Allí la aguardo. La guío, la enseño los sitios pintorescos, las grutas... ¡Y me envidia el rey!... ¿Irá usted? ¿A que sí?

SUS. ¿Pero está usted loco? Como si no hubiese más que echar á correr...

PEDRO Claro; no hay más que eso... Pasa lo hermoso... cogerlo, no soltarlo... ¡Cuánta gente, por calmosa, por apatía, se muere sin oír música ni ver luz dentro de su alma!

SUS. (Desviando la conversación.) Y... en Mallorca, ¿tiene usted familia?

PEDRO No... Una criada vieja... La mando que me llame hijo, para fomentar una ilusión.

BEN. (A Ezequiel.) ¡Vaya un coloquio! Ha podido Susana comprar el Museo.

EZEQ. De seguro que Susana, por demostrar sus aptitudes, está regateando una mezquindad de mil ó dos mil francos.

BEN. Voy á llevar la solución... (Se acerca á Pedro y Susana.) Perdone usted... Susana, ya sabes... Tienes carta blanca... Dale al señor de Torrellas lo que pida por sus tapices: no somos anticuarios que compran para revender.

PEDRO (Levantándose.) La señorita de Leyva y yo no hablábamos de venta ni de compra alguna.

BEN. ¿No? Pues confieso que no comprendo de qué podían ustedes hablar.

SUS. ¿Qué estás diciendo, Benjamín? Yo, con mis amigos, puedo hablar de infinitas cosas además de las mercantiles.

BEN. Ignoraba que el señor de Torrellas fuese tu amigo.

SUS. Eso no impide que le considere y estime como á tal.

BEN. Admitido, no lo discutamos... Hay amistades instantáneas... Pero no entiendo por qué

tu *amigo* el señor de Torrellas no pone precio á sus tapices.

SUS. Hermano, es una falta, es una impertinencia...

PEDRO Susana, perdóneme usted: yo contesto á su señor hermano... No les pongo precio, porque he resuelto, señor de Leyva, no venderlos ya. No sirvo para negociante; sería errar la vocación; no sirvo. La señorita de Leyva acaba de honrarme llamándome amigo. Esto me anima, me da esperanzas de que me favorezca aceptando unas antiguallas de escaso mérito, como recuerdo del grato momento en que he podido estrechar su mano. Se las enviaré á su casa de Madrid.

SUS. ¡Oh! No, Torrellas, no acepto... No consiento que usted se desprenda... De ningún modo...

PEDRO Usted no me rehusará esta satisfacción. Usted no me da un desaire, Susana. ¿Verdad que no?

SUS. ¡Pues bien! ¡Acepto! ¡Acepto, con gratitud!

MARQ. (A Simón.) ¡La frontera! ¡Ya estamos en España!

TODOS (Precipitándose á las ventanillas.) ¡España! ¡España!

PEDRO } ¡España!

SUS. }

FIN DEL ACTO PRIMERO